

SOLEMNIDAD DEL CUERPO Y SANGRE DE CRISTO (B)

Homilía del P. Abad Josep M. Soler

7 de junio de 2015

Ex 24, 3-8; Heb 9, 11-15; Mc 14, 12-16.22-26

Los apóstoles preguntan a Jesús *dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de Pascua. Comer el cordero pascual*, era y es, tal como ya sabéis hermanos y hermanas, fundamental en la celebración de la pascua judía. El *cordero* sacrificado y compartido con los demás en una comida ritual y familiar, evoca la cena del pueblo de Israel antes de salir de Egipto y ser liberado de la esclavitud. Además, una vez degollado el cordero, con la sangre habían marcado los dinteles de las puertas de las casas para que la muerte exterminadora pasara de largo (Ex 12, 1-14). El *cordero*, pues, es evocación de la victoria sobre la esclavitud y nutrimento para el camino de cada día.

Los apóstoles preguntan a Jesús donde deben preparar *el lugar para comer el cordero pascual* y Jesús les da las indicaciones precisas para la preparación. Después, sin embargo, el evangelista ya no habla más de *comer la Pascua* y, en cambio, centra la atención en el pan y el vino que, después de haber comido ritualmente el cordero pascual, Jesús dio a sus discípulos. Aquella cena, pues, se transforma. Del comer *el cordero pascual* se pasa a *comer el pan* y a ver el *vino* del cáliz. Cambia el alimento, pero se mantiene el clima de *pascua*. Desde ese momento, para los discípulos de Jesús, la comida pascual es el del *pan* y el *vino* de la Eucaristía, porque Jesús es el verdadero *cordero pascual* que nutre espiritualmente, que libera del pecado, que salva de la muerte eterna. En torno a la mesa del nuevo *cordero pascual* se crean unos lazos de fraternidad y de solidaridad que nos ayudan a vivir cristianamente y que son un testimonio para otros.

Como un eco festivo del Jueves santo, hoy nos reunimos en torno a la mesa eucarística para agradecer y para ser nutridos. Para agradecer al Cristo *Cordero* su sacrificio de amor a la cruz y la posibilidad de participar de este sacrificio en la Eucaristía siendo purificados y vigorizados, para recibir la prenda de vida para siempre. Esto pide nuestra fe y nuestro compromiso.

A propósito de este compromiso, quisiera centrar vuestra atención sobre el significado de dos afirmaciones de fe que la liturgia de la misa nos pone en los labios. La primera es el "amén" del final de la oración eucarística. Significa la adhesión del pueblo de Dios que participa en la celebración a todo lo que, quien la preside, ha ido diciendo al Padre del cielo en nombre de todos. San Agustín, comentando este "amén" y haciéndose eco de una tradición compartida por otros Padres de la Iglesia, dice que aclamar con el "amén" al término de la oración eucarística significa suscribir y asentir a todo lo que se ha dicho y que, además, expresa el compromiso de todos con lo que el celebrante ha dicho (cf. *Sermón contra los pelagianos*, 3). Recordad esto; la plegaria eucarística termina con una gran glorificación a Dios: "Para él [es decir, por Cristo], con él y en él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos". Y todos responden: "Amén". Esta glorificación trinitaria es el punto más álgido de todo el culto que la Iglesia tributa a Dios, y al que nos adherimos con nuestro "amén" vibrante.

¿Qué suscribimos, sin embargo, con esta nuestra aclamación? ¿A qué asentimos? Nos hacemos nuestra -con el "amén" - la acción de gracias por la obra salvadora que el Padre ha llevado a cabo en Jesucristo y que ha culminado en su muerte y resurrección. Nos adherimos, también, a la oración que pide que el Espíritu Santo transforme el *pan* y el *vino* en Cuerpo y Sangre de Jesucristo pidiendo que, por la presencia de Cristo resucitado, esta obra salvadora continúe su acción en la

celebración litúrgica. Nos adherimos, además, a la ofrenda que el celebrante, en nombre de la Iglesia, hace al Padre de Jesucristo, presente en el sacramento como verdadero *cordero pascual*. Y nos adherimos, aún, a las intercesiones a favor de la Iglesia y del mundo, de los vivos y los difuntos, así como a la petición de que, todos los que participamos del Cuerpo y de la Sangre de Cristo, estemos unidos en un solo cuerpo eclesial animado por el Espíritu Santo.

Como he dicho, además de suscribir lo que el celebrante ha rogado, nuestro "amén" expresa el compromiso de hacer vida el contenido de la oración eucarística. Es decir, de llevar una vida agradecida a Dios por su amor y su obra salvadora; una vida identificada con Jesucristo que en la Eucaristía viene a nosotros para hacernos semejantes a él; nos comprometemos a trabajar por la comunión en el seno de la Iglesia y a estar al servicio de toda la humanidad. Como veis, es importante que digamos el "amén" con toda conciencia, con toda sinceridad, con toda la fe y todo el agradecimiento de que seamos capaces. Así ejercemos nuestro sacerdocio bautismal y confirmamos lo que en nombre de todos ha pedido el celebrante.

Quisiera fijarme, por último, en otro "amén". No es solemne y comunitario como el del final de la plegaria eucarística que acabo de comentar, sino que es individual, íntimo. Me refiero al "amén" que decimos al recibir la comunión. A veces alguien dice "así sea", queriendo traducir la palabra "amén", pero dándole un sentido poco acertado, porque materialmente expresa que desearía que el *pan* que recibe sea el Cuerpo de Cristo, pero que no tiene la certeza. Otros dicen "gracias"; está bien el agradecimiento. Pero tanto si va dirigido al ministro por el hecho de que le da la comunión, como si va dirigido al Cristo por habernos dejado la Eucaristía, tampoco es lo más adecuado en ese momento. Cuando el que da la comunión nos dice "el Cuerpo de Cristo" nosotros respondemos "amén". Y recordémoslo: "amén" quiere decir "sí", "lo ratifico". Por lo tanto, el "amén" que decimos al recibir la comunión es una profesión de fe en la presencia de Jesucristo resucitado en el *pan* y el *vino* consagrados. Se nos dice "el Cuerpo de Cristo" y nosotros respondemos diciendo que creemos que lo es. Pero, hay más. San Agustín, el Padre de la Iglesia que he citado antes, hace un comentario que enriquece nuestro "amén" de la comunión. Nosotros, por el bautismo formamos parte del cuerpo espiritual de Cristo que es la Iglesia (cf. 1Cor 12, 17). Pues bien. San Agustín dice que con el "amén" reconocemos el Cuerpo de Cristo presente en el sacramento y a la vez afirmamos que nosotros también somos Cuerpo de Cristo; y concluye: vivid, pues, como miembros del Cuerpo eclesial para que vuestro "amén" sea verdad (cf. Sermón, 272). Efectivamente, es inseparable la comunión con el *Cuerpo* sacramental y la comunión con el *Cuerpo* eclesial. Con el "amén" de la comunión expresamos nuestra realidad de bautizados y de miembros de la Iglesia y confesamos nuestra fe en Cristo presente en el sacramento de la Eucaristía.

Por eso, cada celebración eucarística es para nosotros una gran alegría y un compromiso muy serio ante Dios y ante los hermanos. Que nuestro "amén", pues, sea bien vibrante para que lo sea también nuestra vida de cristianos que se nutre en la mesa del Señor.